ENSEÑANZA DE CIEGOS.

Nada mas propio del espíritu de la verdadera religion y de los principios de la caridad humana, que el hacer partícipes de los beneficios de la educacion religiosa y civil, á aquellos infelices á quienes la desgracia ha privado del inapreciable sentido de la vista, colocándolos por esta razon á una distancia inmensa de los demas hombres. El pretender reparar en esta parte el agravio de la *naturaleza*, no solamente está en el instinto del corazon humano, sino que es como un deber impuesto al mas fuerte en beneficio del desvalido

No se concibe á primera vista como el ingenio y la meditacion del hombre, han podido investigar los medios de suplir en su semejante la falta de un sentido tan importante, y hacerle partícipe de conocimientos tan indispensables en la sociedad, como difíciles de adquirir sin aquel apoyo. Pero ¿qué no puede un buen deseo unido al espíritu de la observacion? ¿quién sino él pudo hacer arrostrar las graves dificultades de la enseñanza de los Sordo-mudos, á un *Ponce de Leon*, á un *L'Epeé*, á un *Sicard*, á un *Hernandez*? ¿Quién á Mr. de *Haüy* la de los ciegos desvalidos?

La capacidad de los ciegos para recibir una completa educacion, se ha visto acreditada en los felices ensayos hechos con este obgeto, y ya en el dia el intentar negarla, seria un absurdo de que se ofenderian á un tiempo mismo la humanidad y la razon.

La historia, y con particularidad la de estos últimos tiempos, nos presenta repetidos ejemplos de lo que alcanza en este punto el genio del hombre, en lucha con las circunstancias mas contradictorias á su desenrollo, y sin dejar correr la pluma en materia tan interesante, nos contentaremos con decir algo del origen de la educacion de los ciegos, del estado en que se encuentran los que reciben este beneficio en Madrid, y de lo interesante que seria la fundacion de una escuela normal para la instruccion de tantos desgraciados que la reclaman.

El primero que se dedicó esclusivamente á la educacion de los ciegos fue Mr. Valentin Haüy, hermano del célebre mineralogista, sugiriéndole tan feliz idea, las relaciones que adquirió con una señora alemana que era ciega de nacimiento, llamada la baronesa de Bon Paradis, que habiendo pasado de Viena á Paris en 1780, llamó la atencion por su prodigiosa habilidad en tocar el órgano. Haüy entre las frecuentes visitas que hacia á esta ingeniosa señora, le sorprendió un dia encontrar en su cuarto diferentes instrumentos para la enseñanza de los ciegos, como por ejemplo un aparato portatil para imprimir, por medio del cual se correspondia aquella señora con Kempelen (el inventor del autómata hablador) que residia en Viena, y con un caballero ciego muy instruido llamado Weissembourg de Manheim. Haüy comparó la gran cultura de estos dos alemanes con el estado degradante de los ciegos en Francia, donde en la feria anual de San Obidio habia visto á un especulador que con diez pobres ciegos vestidos con trages ridículos y adornados de anteojos, presentaba un espectáculo innoble ejecutando con ellos un concierto burlesco.

Desde que Haüy observó á estos infelices pensó que podria sacarse mas partido de ellos: el hospicio de los 300, llamado comunmente de los *Quinze-Vingts*, fundado en 1260 por San Luis á su vuelta de la Cruzada de Egipto, durante la cual quedaron ciegos tantos soldados, no

le parecia á propósito para sus ensayos por la corrupcion moral que observaba en tan vasto establecimiento; mas resuelto á hacer por los ciegos lo que el abate L'Epée habia hecho por los sordo mudos, abrió un instituto en 1784 en el que comenzó la instruccion de aquellos desgraciados. En el principio la sociedad filantrópica pagó á sus espensas doce ciegos, y en 1790 se puso el instituto bajo la proteccion del estado, uniéndole al de sordo-mudos.

Deseando el emperador de Rusia establecer en San Petersburgo un colegio de ciegos, pasó Haüy el año de 1806 para fundarle bajo las mismas bases que lo habia hecho en París. A poco tiempo de establecerse en Francia la enseñanza de ciegos, se fundaron en la Gran Bretaña instituciones para estos infelices que aunque sostenidas la mayor parte por particulares, hacen honor á los filantrópicos isleños. La de Liverpool se estableció en 1790 para uno y otro sexo. La de Edimburgo en 1791. Las de Londres, Dublin, Bristol y Norwich en 1800. En Berlin se fundó el colegio de niños ciegos á espensas del rey de Prusia en 1806 al pasar Haüy por dicha ciudad, dejando para su direccion al Dr. Zeune, el mismo que existe en el dia mejorando mucho la dicha instruccion. Los primeros establecimientos de ciegos en Alemania despues del de Berlin, fueron los de Viena y Praga fundados ambos en 1808; y en el mismo año abrió uno en Amsterdam Mr. Freemaisons. En 1809 se estableció uno en Dresde bajo los mismos auspicios que el de Berlin, pero que ha hecho pocos progresos por haber descuidado la lectura y escritura. En 1810 se fundó igual institucion en Zurich uniéndola á la de los mudos. En 1811 el profesor Brorson abrió en Copenague una escuela de ciegos sostenidos por la sociedad de caridad.

El primero y mas notable de estos institutos es el ya referido de París, el cual se halla sostenido por el gobierno por medio de un presupuesto de 60,000 francos anuales. En él hay sesenta ciegos y treinta ciegas que son recibidos á la edad de 10 á 14 años, permaneciendo ocho en la enseñanza. Hemos sido testigos de los ejercicios públicos de este colegio, y no hemos podido menos de poseernos de una profunda admiracion, al observar los progresos de aquellos infelices en las ciencias y en las artes. Es preciso verlo materialmente para llegarse á persuadir de que son ciegos de nacimiento, ó desde su primera edad los que asi leen, escriben, cuentan, calculan, esplican sus conocimientos en religion, historia, geografía, matemáticas, lenguas, cantan con la rigorosa exactitud de la nota, imprimen libros, tejen alfombras, bolsillos, y otros objetos delicados; juegan en fin y se solazan entre sí con un desembarazo que envidiaria el de mejor vista.

El colegio real de Londres que tambien hemos visitado, tiene por base mas bien que un objeto científico, el enseñar á estos desdichados, oficios mecánicos con que puedan atender á su subsistencia. Esta escuela tuvo principio en 1799, y los esfuerzos de sus institutores fueron tan luego coronados, que en el espacio de pocos años devolvieron á sus familias mas de treinta alumnos en estado de poder ganar un jornal regular. Recíbense en este establecimiento mas de sesenta de ambos sexos, y las curiosas obras por ellos elaboradas, rinden un producto anual de 60 á 100,000 rs. para gastos de la casa, ademas de un pequeño jornal que se les deja. No se admiten por lo regular discípulos mayores de 12 años; pero pueden serlo de cualquiera edad, siempre que conserven flexibles los dedos, y disfruten de todas sus fuerzas; trabajan obras de hilo, de madera, de esparto, tejidos de alfombras, mimbres etc., que por lo regular llevan á un grado notable de perfeccion.

La lectura se les enseña á los ciegos por medio de libros impresos con caracteres de relieve, con los que muy luego llegan á familiarizarse por el tacto; y la escritura por medio de unas ingeniosas tablas inventadas espresamente: para la geografía se sirven de mapas ó esferas tambien relevadas y emblemáticas, con los cuales muy pronto adquieren seguridad en la division de los reinos y provincias, curso de los rios etc. Las matemáticas á pesar de su complicacion, llegan á estar á su alcance, y se dedican á ellas con estremada aficion. Ejecutan fácilmente las operaciones mas complicadas de la aritmética, y adquieren una idea exacta de las figuras geométricas. La música vocal é instrumental es sin disputa el arte para el cual los ciegos parecen mas dispuestos, y puede enseñárseles completamente haciéndoles sensible la forma de la nota, y valiéndose ademas de la singular organizacion de su oido delizado.

Conviene ademas para completar la educacion de los ciegos, dedicarlos á la ejecucion de trabajos mecánicos para los cuales se hallan muy dispuestos, y que tan útiles pueda serles para atender á su subsistencia.

Muchos son los de esta clase á que pueden dedicarse los ciegos; pero es preciso que en su eleccion haya el tino conveniente para que lleguen á conseguir el objeto. Los oficios de cestero y espartero, la cordelería y tejidos de todos géneros, la fabricacion de tapices, de zapatillas, de sillas y otros infinitos objetos, son muy accesibles á los ciegos en quienes el sentido del tacto suple á veces asombrosamente por el de la vista. Las ciegas suelen emplearse en hacer media, bolsillos y demas labores de punto, tejer cadenas y cordones y otras obras delicadas de seda. Ultimamente, el oficio de impresor á que tambien se les ha destinado, lo desempeñan con perfeccion, siendo admirable su exactitud para la formacion de la caja, y la escrupulosidad con que luego la corrigen.

Nos hemos detenido en estos pormenores para hacer mas sensible la posibilidad de este benéfico instituto, y la necesidad que tenemos de imitar en nuestra capital su adelanto tan recomendable y magnífico. No somos nosotros los primeros que paramos la atencion en este objeto, pues que ya hace tres años que la Sociedad económica Matritense se ocupó de él con tal eficacia, que á no ser por las fatales circunstancias de la época, se hallaria ya sin duda realizado.

Pensó, pues, la Sociedad en establecer en esta corte un colegio normal para esta enseñanza, y elevó al gobierno su pensamiento acompañ n lo el presupuesto mas económico de su coste, y el reglamento interino de este nuevo establecimiento.

Afortunadamente la Sociedad para este pensamiento no tuvo que proceder solo en hipótesi ó teoría, pues que habia tenido á la vista los felices ensayos ejecutados por uno de los individuos de su seno, el benemérito director de los sordo-mudos *D. Juan Manuel Ballesteros*, el cual ademas de muchos trabajos á este mismo objeto, presentó á la sociedad un niño ciego instruido por él en muy corto tiempo y en diversos ramos.

Este niño llamado *Faustino María Samaniego*, á los 13 años de edad, y tres de enseñanza, no solamente lee con precision el castellano, francés y latin, sino que traduce estos dos idiomas, escribe con bastante exactitud, y practica todas las operaciones de aritmética y muchas de geometría; conoce la geografía hasta tal punto, que mide los grados de longitud y latitud de cualquier parte del globo; tiene tambien conocimiento de las principales nociones de astronomía, y de los sistemas planetarios, esplicando sus revoluciones y movimientos; y posee la música ejecutando en el piano los trozos mas difíciles, y atreviéndose hasta la composicion de piezas del mayor gusto.

Igualmente el mismo filantrópico profesor ha recogido á sus espensas á otra niña ciega, *Isabel de Diego*, de 10 años de edad, la cual ademas de la calzeta y otras labores de malla, cose regularmente y tiene una inteligencia muy regular en la música; últimamente encua-

derna los libros que imprimen los *sordo-mudos* del colegio.

Estos dos niños son los que van retratados al frente de este artículo, y nos ha parecido hacer esta distincion, no porque dejen de existir otros bien adelantados en instruccion y tan acreedores como ellos á la celebridad, sino por haber sido los primeros, digámoslo asi, los fundadores de una escuela naciente que tanto honor hace á su creador, y que auxiliada como no podrá menos de serlo por el Gobierno, llenará este vacío, que se observa entre nosotros con mengua del siglo en que vivimos.

EL TIESTO DE ALBAHACA.

Caso verdadero.

En un tiempo hubo en Mesina una familia compuesta de tres hermanos comerciantes, que por muerte de su padre heredaron cuantiosos bienes, y de una hermana llamada Isabel, que aunque jóven, hermosa y finamente educada, no trataba de casarse: ignoraban ellos el motivo que en esto tenia, porque no pensaban de modo alguno en su acomodo.

En cualidad de factor tenian en su compañía á un jóven llamado Lorenzo. Como era galan, festivo y amable, no habia dejado de llamar la atencion de Isabel, que empezando por admirarle, acabó por amarle perdidamente. La virtud y modestia de Isabel no pudieron impedir que Lorenzo no conociese la impresion que habia causado, desde cuyo momento se entregó á una esperanza que hasta entonces no se habia atrevido á imaginar siquiera, dejó el trato con las demas mujeres por el de la encantadora Isabel, y llegó á conseguir que le confesase el amor que le profesaba. Aquellos desgraciados jóvenes cedieron á su recíproca pasion sin prever sus consecuencias, y por algun tiempo disfrutaron de una dicha que tan cara debia costarles.

Una noche que Isabel se hallaba ocultamente en la estancia de Lorenzo la vió su hermano mayor, sin que ella lo echase de ver. Aquel descubrimiento le llenó de un repentino furor, que contuvo para tomar una resolucion bien calculada. Retiróse silenciosamente á su aposento, donde permaneció muchas horas discurriendo el medio de romper una amistad tan deshonrosa como la que acababa de descubrir. No bien fué de dia cuando corrió á ver á sus hermanos, les enteró de la vergonzosa conducta de Isabel, y les comunicó el designio que habia concebido, al cual adhirieron sin el menor reparo. Cada uno de ellos debia disimular sin darse por entendido en lo mas mínimo; pero en la primera coyuntura favorable que se presentase se apoderarian de Lorenzo, y se vengarian sangrientamente en su persona. Para cortar toda sospecha prosiguieron riéndose y chanceándose con él como hasta allí; pero llegó la hora en que debia acabar el disimulo. Empeñaron á Lorenzo á que fuese con ellos á un dia de campo que debian tener á unas cuantas leguas de Mesina, y cuando estuvieron á corta distancia de la casa, dejaron el camino real y se metieron en un escampado rodeado de un espeso bosque, donde se echaron sobre el desdichado jóven, que cayó traspasado de puñaladas. Consumado el crimen, se dieron priesa á abrir una hoya y echar en ella el cadáver de Lorenzo, y cubrirla con tierra y céspedes, tomando todas las precauciones posibles para borrar los vestigios del asesinato. De vuelta á Mesina echaron la voz de que habian enviado á Lorenzo á pais lejano por asuntos de su comercio.

Fue transcurriendo el tiempo, é Isabel que por el pronto habia sufrido la ausencia de Lorenzo sin manifestar pesar alguno, dió señales evidentes de inquietud, y no pudo menos de preguntar frecuentemente de él á sus hermanos. Un dia que sus preguntas fueron mas urgentes, uno de ellos mirándola severamente "¿A qué son, la dijo, todas esas preguntas, Isabel? ¿Tanto te interesas por Lorenzo? No las repitas mas, ó llevarás la respuesta que mereces."

Isabel se entregó desde entonces á todo el dolor de una ausencia que iba acompañada de tan misteriosas circunstancias. Transcurrieron sus dias entre espantosos pensamientos y sus noches entre lágrimas y suspiros, llamando sin cesar á Lorenzo é invocando continuamente su regreso.

Una noche en que el sueño venció á su espíritu fatigado le pareció que veía á su amante pálido, desgreñado el cabello y con sus vestidos desgarrados y sangrientos, y que le hablo así. "¡Amada Isabel: en vano suspiras por mi vuelta, en vano tu llanto me reconviene de mi lentitud en volver á tu presencia. Tus hermanos pérfidos y mudos me han quitado la vida" Dicho esto, la indicó el sitio en que estaba enterrado y desapareció. Isabel se despertó deshecha en llanto, y resolvió visitar sin tardanza el funesto sitio en que yacia su amante. Al siguiente dia obtuvo de sus hermanos el permiso de ir á pasarlo en el campo con una de sus amigas, que era la confidenta de sus amores, y salieron entrambas. Poco atendió Isabel durante el camino á lo que le decia su amiga para consolarla, pues todos sus pensamientos se fijaban en el sitio en que estaban los restos de su querido Lorenzo.

Llegaron, en fin, al escampado, é inmediatamente conoció Isabel el paraje que buscaba. Ambas se pusieron á levantar las hojas secas que cubrian el terreno, y con un cuchillo de que iba provista empezó Isabel á socabar la tierra con toda la decision del despecho, no deteniéndose en su trabajo sino para echar atras las largas trenzas de su negro cabello, y volviéndolo á emprender con nuevo ardor. Su amiga hincada de rodillas á su lado la ayudaba en su triste tarea, hasta que descubrieron el cuerpo de Lorenzo. No habia sido engañoso el sueño de Isabel. La infeliz se arroja sobre el cadáver de su amante, oprime con cardenos lábios los ya helados de su amante, lábios tan rubicundos en un tiempo y llenos de juventud y amor; despues se levantó é imploró el socorro del cielo, lloró abundantemente, y mas tranquilizada al parecer, y auxiliada de su amiga levantó el cadáver, colocó la cabeza de él sobre sus rodillas, y tomando el cuchillo con horrible valor consiguió separarla del cuerpo, condenado á ser pasto de los gusanos. Al volverle á cubrir de tierra lloró otra vez, lloró fervorosamente. Cumplido tan triste deber envolvió cuidadosamente la cabeza en un blanco y rico pañizuelo, volvió á tomar el camino de la ciudad, y entró en casa de sus hermanos sin ser vista.

Cuando estuvo en su estancia sacó su triste reliquia, la bañó de lágrimas, arregló los cabellos desordenados que aun adornaban la cabeza de su amante, limpió su cara de la tierra que cubria sus facciones, y la estrechó contra sus lábios y su corazon.

Volvióla á meter en el pañizuelo, y escojiendo un tiesto para su sepultura, la acomodó en el fondo, le llenó de tierra y sembró en ella simiente de albahaca. No tardó esta planta en brotar y crecer con mayor lozanía que ningun otro pie de la misma especie, pues la regaban sin cesar las lágrimas de Isabel, y encontraba nuevos elementos de existencia en la descomposicion de la cabeza de Lorenzo.

La palidez y sensible alteracion de las facciones de Isabel llamaron la atencion de sus hermanos, á quienes un vecino habia contado que se la veia de continuo llorar sobre el tiesto de albahaca. No dejaron de reconvenirla de un dolor que caracterizaron de locura inconcebible; pero notando el poco efecto que surtian sus reconvenciones, le quitaron ocultamente el tiesto de albahaca, sin que basta-

se instancia alguna de parte de ella para que se le devolviesen. Privada Isabel de su único y último consuelo, cayó peligrosamente enferma, y en medio de su enfermedad llamaba con débil voz á sus hermanos para pedirles que la restituyesen su tiesto de albahaca. Sorprendidos de tanto empeño resolvieron estos ver que era lo que contenia el tiesto: quitaron la tierra y vieron el pañuelo en que estaba envuelta la cabeza de Lorenzo, que aunque medio consumida, aun se conocia, sobre todo por lo notables que eran los lustrosos rizos de sus cabellos. Los tres hermanos aterrorizados, pero temerosos de que aquellos restos informes no llegasen á descubrir su delito, los enterraron, y sin dar parte á nadie salieron oculta y prontamente de Mesina, y se retiraron á Nápoles. Isabel empeoró progresivamente y murió pidiendo en vano á cuantos la rodeaban el tesoro que habia perdido.

No hubo en Mesina quien no se compadeciera de su triste suerte; y su dolorosa historia dió materia á una cancion popular que termina en un estrivillo que dice: "¡Oh que barbárie robarme el tesoro, donde tenia puesto mi corazon.!"

FEYJOÓ.

Uno de aquellos seres privilegiados de quienes puede asegurarse que marchan delante de su siglo, elevándose sobre la esfera comun de los demas hombres, y señalándoles con segura mano los progresos y vicisitudes de la ciencia en el porvenir, y fue sin disputa entre nosotros el distinguido escritor que hoy va á ocuparnos, cuyas obras literarias compuestas en la primera mitad del siglo XVIII, dejan aun tanto que admirar á los que en el actual llegan á estudiarlas.

El M. I. y R. P. D. Fr. Benito Gerónimo Feyjoó, Monge benedictino de la congregacion de España, catedrático de prima de teología jubilado de la universidad de Oviedo, maestro general de su órden, y del consejo de S. M., nació á 8 de octubre de 1676 en Casdemiro, pequeña aldea de la feligresía de S. María de Melidas en el obispado de Orense. A pesar de lo distinguido de su clase y de los bienes de fortuna que le correspondian como primogénito de su casa, renunció al siglo á los catorce años de su edad y en el de 1688 recibió la cogulla de S. Benito, en el monasterio de S. Julian de Samos, con lo cual pudo enteramente dedicarse á la austeridad de vida y al profundo estudio á que le inclinaba su extraordinario ingenio, y su natural cándido y apacible.

No solamente los estudios monásticos ocuparon sus horas en el claustro, pues despues de concluidos y de haber desempeñado la enseñanza pública de teología en la universidad de Oviedo, penetró con atrevida resolucion y éxito seguro en los arcanos misteriosos de las demas ciencias, pudiendo asegurarse que apenas existe alguna en que no llegára á coronar su frente con muchos y merecidos laureles.

Formado ya con tan profundos conocimientos, y deseoso por un heróico desprendimiento de comunicar á sus semejantes el fruto de sus tareas, eligió para su fija residencia el colegio de Benedictinos de Oviedo, llamado de S. Vicente, en el cual compuso sus muchas y estimables obras.

En 1726 salió á luz el primer tomo de su *Teatro crítico*, y continuaron los demas hasta que en 1740 publicó el último de los ocho que comprende. Posteriormente dió á la prensa cinco tomos de *Cartas eruditas*, y ademas otra infinidad de discursos críticos, apologéticos, y curiosos, á que le obligaron las encendidas controversias en que le envolvieron los émulos de sus glorias, hasta que en 1760 avanzado ya á la edad de 83 años y consumidas sus fuerzas por tan continuada y difícil carrera, dejó de escribir falleciendo cuatro años despues en 26 de setiembre de 1764 á los 87 años de edad, y en su mismo colegio de S. Vicente de Oviedo.

El obgeto noble á par que difícil que se propuso el P. Feyjoó en todas sus obras, fué combatir los errores populares que deslustraban las ciencias, y hacer familiares entre nosotros los mejores conocimientos modernos. Para mejor satisfacer esta idea se apartó de la costumbre seguida por otros autores de escribir sus obras en una lengua muerta, y siguiendo el consejo de F. Luis de Leon, consignó su doctrina en lengua castellana, y en un estilo fluido y armonioso capaz de ser comprendido por la multitud á quien se dirigia. Y en este punto llegó á conseguirlo en términos que aun hoy dia pueden citarse muchos trozos de sus discursos como modelos de elocucion y de conocimiento del idioma nacional.

Las materias que comprenden sus obras, son tantas y tan variadas, que su enumeracion sola pareceria demasiado prolija, siendo ciertamente cosa apenas inconcebible como en un solo hombre pudieron reunirse los estensos conocimientos necesarios á un político, á un historiador, á un teólogo, á un jurisconsulto, á un matemático, á un médico, á un literato, á un poeta. Discurriendo con ingenio perspicaz y con singular buena fe por el vasto campo de tan importantes ciencias, apenas hay materia que no toque, apenas error que no combata, apenas principio sólido que deje de establecer. De este modo el *Teatro crítico* y las *Cartas eruditas* llegan á ser no solamente un vasto almacen donde vinieron á reunirse todos los mas importantes adelantos de las ciencias en los siglos precedentes, sino que á veces, con asombro del lector del dia, ve adelantarse el genio del sabio autor á sentar y desenvolver como en profecia muchos de los principios y consecuencias establecidas únicamente en el siglo actual. Lo primero demuestra completamente la singular erudicion del P. Feyjoó que tan bien supo aprovechar lo que infinitos autores nacionales y extranjeros habian trabajado antes que él; lo segundo hace patente su genio perspicaz que parecia como encerrado dentro de los límites de su siglo.

En la época en que empezó á escribir el P. Feyjoó empezaba la nacion á salir de sus preocupaciones y á dedicarse á la buena literatura; pero eran muy pocos los que todavía se alistaban en las banderas de la sana crítica, y mucho mayor el número de los que se obstinaban en sos-

tener las ideas vulgares y en negarse á la ilustracion que ya iba haciéndose sentir. Déjase por lo tanto conocer con cuantos obstáculos y contradicciones tendria que luchar nuestro buen Feyjoó para abrirse camino en medio de ellos y colocarse á una altura donde ya poco ó nada alcanzaban las envenenadas saetas de sus enemigos. Con efecto, apenas tomó la pluma en 1725 contra el torrente de preocupaciones vulgares cuando se vió combatido de todas partes por una multitud de contradictores, y en la precision de vindicar su concepto, y de defenderse contra las mas injustas acusaciones que hubieran bastado á arruinarle si el favor que su mérito le hizo grangearse en el concepto de los Monarcas Fernando VI y Carlos III y hasta del sumo Pontífice Benedito XIV no le hubieran sostenido en tan larga y complicada lucha.

El trato de nuestro Benedictino fue ameno y cortesano; era salado en la conversacion familiar, como lo acredita su aficion á la poesía sin salir de la decencia debida á su estado. Esto le hacia agradable en la sociedad ademas de su aspecto apacible, su *personal magestuoso* y bien dispuesto, y una facilidad en esplicarse de palabra con la propiedad misma que por escrito. La viveza y penetracion de sus ojos era un emblema de la de su alma.

LOS ESCORPIONES.

Los escorpiones viven esclusivamente en los paises cálidos de ambos hemisferios, y en ciertos puntos se multiplican tanto, que son motivo de contínuo temor para sus habitantes, que han tenido á veces que cederles el terreno. La constelacion del escorpion nos demuestra desde luego que la noticia de este animal remonta á la mayor antigüedad, y que su figura es el emblema de un genio maléfico. En piedras muy antiguas que presentan rasgos de mitología egipcia se vé á Anubis delante de un escorpion como quien conjura ó pretende destruir la influencia de aquel mal principio. En la historia natural de Plinio se esponen cuantas fábulas produgeron la superstición y la ignorancia de largos siglos acerca de este animal. En medio de esto se habia observado que la hembra del escorpion, era vivípara, que su aguijon estaba hueco para dar paso al veneno, y que este era blanco. Se habia igualmente observado que las hembras conducian acuestas á sus hijuelos; pero se suponia que cada madre no tenia mas de uno, que se habia podido libertar mañosamente de la muerte que daba ella misma á su prole, y que la vengaba devorando á su vez al autor de sus dias. Otros creian que toda la familia se comia á la madre; pero de todos modos se reconocia generalmente su voracidad. No pueden contarse entre estas fábulas la de la existencia de escorpiones de doble cola, pues la hay en varios museos. Tambien pueden haberse hallado algunos escorpiones cuya cola tiene siete articulaciones, en vez de seis que es lo mas comun.

Los escorpiones viven en la tierra, se meten bajo de las piedras y otros cuerpos, y con frecuencia en los paredones ó sitios sombrios y frescos, y aun en lo interior de las casas, habiéndoselos encontrado en las mismas camas. Corren con la mayor velocidad, doblando su cola hácia arriba en forma de arco contra su espalda; la dirigen hácia todos lados, y se valen de ella como de una arma ofensiva y defensiva; cojen con sus garras á las correderas y otros insectos como escarabajos y gusanos, picándoles con el aguijon de la cola que la llevan hácia la delantera, y despues los devoran haciéndolos pasar entre sus mandíbulas y su quijada. Son muy aficionados á huevos de arañas, y las atacan aunque sean estas mayores que ellos, teniéndolas declarada una guerra particular.

El tamaño del escorpion es muy vario: los de Europa no tienen mas de una pulgada de largo, y los de la india tienen algunos hasta cinco. Se cree que son muy venenosos, y que la picadura de su aguijon es frecuentemente mortal porque introduce en la herida un licor ponzoñoso.

Pero es un error el pensar que todos estos animales son dañosos al hombre: se sabe que los de la Toscana no lo son, pues los aldeanos de aquel pais los tocan y se dejan picar de ellos sin esperimentar incomodidad alguna. Los ensayos hechos por Redi y Maupertius, prueban no obstante que no puede tenerse esta propiedad por regla general. Estos autores que han hecho diferentes esperimentos acerca del efecto del veneno de otra especie de escorpion, mayor que la comun, conocida por los naturalistas

con el nombre de rojizo (occitanas), y que se encuentra en el Languedoc, Tunnez, España etc. han visto perecer entre vértigos y convulsiones á pichones tiernos á las cinco horas de haber sido picados, al mismo tiempo que otros picados igualmente no dieron señal alguna de haberles hecho efecto. Redi atribuye esta diferencia á la extenuacion del escorpion que en su dictámen necesita recobrar fuerzas para poder envenenar por segunda vez; lo que le ha confirmado un nuevo esperimento hecho despues de haber dejado descansar una noche entera al escorpion.

Maupertius hizo picar por escorpiones del Languedoc á diferentes perros y pollitos, y de todos ellos solo murió un perro que habia sido picado tres ó cuatro veces en una parte del vientre sin pelo por un escorpion á quien se habia irritado. Los demas perros, y aun los pollitos, sin embargo del furor y reiteradas picaduras de los escorpiones recien cojidos en el campo, no esperimentaron daño alguno.

El autor de este último esperimento dice que una hora despues que el perro fue picado se puso muy hinchado y bambaleaba; vomitó despues cuanto tenia en el estómago y los intestinos, y prosiguió por tres horas vomitando de tiempo en tiempo una especie de baba viscosa; su vientre que estaba muy levantado, bajaba á cada vómito y volvia á hincharse de nuevo. Esta alternativa duró cerca de tres horas, al cabo de las cuales el perro tuvo convulsiones, mordió el suelo, se arrastraba sobe sus patas delanteras, y murió á las cinco horas.

El doctor Maccary ha tenido el arrojo de hacer en sí mismo y con igual especie de escorpion esperimentos que prueban que su veneno puede producir accidentes de gravedad, y que es tanto mas activo, cuanto mas viejo es el escorpion. Circunstancias accidentales, como la de una salud enfermiza, pueden aumentar el riesgo.

La mordedura de las culebras de agua ó de tierra dice d' Opson-ville en sus *Ensayos filosóficos sobre las costumbres de diversos animales extranjeros*, tales como las que vemos en Europa, es por lo comun poco peligrosa. En Asia basta una ligera escarificacion y la aplicacion de un poco de cal viva ó de una moneda de cobre tomada de cardenillo que se sujeta sobre la herida para curarse. Estas dos recetas se emplean igualmente contra la picadura del escorpion llamado *agrab* en persa, y *garguali* en indostan; (blanquizco *australis*, Linn.) que en varias partes de Asia es casi tan comun como la araña. Algunos usan del aceite en que se han puesto á cocer algunos de estos insectos, y otros prefieren espachurrar inmediatamente al escorpion mismo, sujetándolo á la herida; pero sola la eficacia del cauterio es la que está bien demostrada.

En cuanto al escorpion negro (*Afer* Linn.) que vive en las hendiduras de las rocas ó huecos de los árboles, y que siendo cuatro ó cinco veces mayor que el precedente, puede dar muerte en el término de dos horas; los únicos remedios contra su mordedura son los mismos que se emplean contra las culebras mas venenosas: el álkali volatil, las cataplasmas de gordolobo y los sudoríficos son los medios curativos. Olivier en su *Viage á Persia* dice que la picadura del escorpion que se llama *erasicanda* y es muy comun en el Levante, nunca es mortal, y que se cortan fácilmente los efectos de su veneno con remedios análogos.

Segun las observaciones de Mr. Maccary los escorpiones se unen como los cangrejos, siendo de notarse que la hembra antes de parir muda de pellejo, y se verifica lo mismo en el macho hacia igual época.

Nuestros escorpiones indígenos producen dos generaciones al año. Se han cojido en verano hembras cuyos huevos estaban en sazon, y en Otoño se han observado otros que no tenian sino muy pequeños gérmenes, y cuyo total desarrollo no podia verificarse hasta la siguiente primavera. Estos datos recojidos por el doctor Maccary prueban al parecer que son dos las generaciones del escorpion, una en otoño y otra en verano. La hembra no echa sus hijuelos de una vez, sino en diversas ocasiones y les lleva sobre su espalda los primeros dias, no sale entonces de su asilo y vela por su conservacion casi un mes entero, tiempo en que se han robustecido lo bastante para vivir por sí mismos; pero hasta los dos años no llegan á estado de poder reproducirse

Se dice que encerrado el escorpion en un círculo formado de carbones encendidos, y viéndose despues de recorrerle todo imposibilitado de substraerse á la accion del calor, se pica á sí propio y se mata; pero Maupertuis fundado en algunos esperimentos ha impugnado esta opinion.

Sin embargo las observaciones hechas posteriormente por Mr. Leman con mucho cuidado apoyan este hecho; y el conde de Sémonville ha hecho varios esperimentos en presencia de muchas personas, cuyo resultado confirma la opinion popular.

Los escorpiones matan y devoran en ciertas circunstancias á sus propios hijos conforme nacen. Habiendo Maupertuis encerrado un ciento de ellos no encontró al cabo de pocos dias mas que catorce, y Mr. Cuvier que habia recibido de Italia mas de cuatrocientos, se vió en pocos dias con menos de una tercera parte.

Los escorpiones tienen el cuerpo prolongado que termina en una larga cola compuesta de seis articulaciones, la última de las cuales mas ó menos oval, concluye en una punta arqueada y muy aguda, es una especie de dardo que tiene en su estremidad dos agujerillos que dan salida á un licor ponzoñoso contenido en un depósito interior.

SUPLICIO DEL KNOUT EN RUSIA.

El Knout tiene un mango de dos pies de largo, cubierto de cuero, y que termina en un anillo de bronce ó cobre, al cual está fija una correa de dos pulgadas de ancho que termina en punta; remojan esta correa en leche, y la secan luego al sol para que quede mas dura; por lo que si viene á caer de plano en el cuerpo del paciente, se lo abriria del mismo modo que un cortaplumas. A cada séptimo golpe se muda de correa, habiendo constantemente una buena provision para cuando llega el caso, envuelta con mas cuidado y precaucion que pueden estarlo los mismos hijos del ejecutor. Un testigo ocular refiere el castigo del Knout en los términos siguientes: «Volviendo el príncipe polaco Jablonoski de la casa de campo del conde Strogonoff, fué asesinado por su cochero. Pudo este escaparse, pero fue seguido, preso en Novogorord y reconducido á Petersburgo, donde se le condenó á cincuenta golpes de Knout, á ser marcado en la cara con un hierro caliente y cortadas las narices, y á pasar el resto de sus dias, si sobrevivia á aquel suplicio, en la Siberia. Esto sucedió en el mes de setiembre de 1806 desde cuya época se han suavizado mucho los castigos de esta especie. El 2 de octubre se ejecutó la sentencia de este modo: La guardia de policía de á pie y de á caballo condujo al paciente al sitio de la ejecucion, debiendo advertirse que los rusos emplean siempre cierto aparato en estos actos por frecuentes que sean. El reo llevaba la cabeza descubierta é iba aherrojado con grillos y esposas. Era un hombre muy poblado de barba, vestido con un largo frac azul ordinario, y pantalon rayado. Detras de él iban dos verdugos con sus Knouts bajo el brazo. Cuando llegó á un tablado erijido al efecto, de donde fue preciso echar al populacho que le habia invadido, se dió principio con una breve oracion: despues se desnudó á aquel infeliz hasta la cintura, y se le echó sobre una tabla atándole á ella por el pescuezo

y las manos. El primer verdugo empezó tomando la distancia proporcionada y levantándose en puntillas para aplicarle mejor los golpes, y á cada uno de ellos limpiaba la sangre de que salia lleno el instrumento, y dejaba pasar unos cuantos segundos antes de repetir otro. Al sesto golpe le substituyó el otro ejecutor, mudando de correa para volver á empezar. El paciente dió al primer azote un grito penetrante; al sesto un lijero movimiento de sus dedos manifestaba que aun vivia, pero todo lo demas de su cuerpo tenia la apariencia de haber muerto. No pudo recibir mas de los cincuenta correazos: los ejecutores le desataron y sostuvieron de pie, sujetándole el uno de ellos la cabeza que vacilaba, mientras el otro tomó el instrumento que aplicado á la piel marca las letras V. O. R. (ladron) y se compone de punzones de hierro muy unidos y fijos en una pieza de madera con su mango. El paciente sufrió su aplicacion en la frente y en ambas mejillas. Por último el verdugo le arrancó las dos tenaillas de la nariz con una tenacillas del grueso de las que usan para cojer el azúcar. Los tormentos de aquel desdichado acabaron por entonces y le volvieron á la cárcel en un carro.

NAPOLEON Y EL VERDUGO.

Hallábame en la iglesia de la Magdalena, cuyo destino se acababa de cambiar en virtud de un decreto. Se empezaba á desembarazar de escombros el terreno, y como no son tantas mis facultades que pueda mantener caballos sin que trabajen, habia alquilado los mios á un carretero empleado en el desescombro, y me habian venido á decir que los trataba mal. Deseoso pues de certificarme por mí mismo, y sin que él me viese, me coloqué detras de una columna entre las ruinas del edificio, en donde una lectura, que solo interrumpia para mirar de cuando en cuando hácia el sitio en que los jornaleros trabajaban, me proporcionaba una ilusion encantadora. Estaba arrobado con un capítulo de *Las noches romanas*, y se me habia ya olvidado el objeto de mi estancia en aquel punto, cuando me sacó de mi enagenamiento un ruido de gente de á caballo que se detuvieron á la entrada de la cerca de tablas. Pronto vi que se dirigian apriesa hácia mí tres personas, conversando entre ellas. —¿En donde está el obrador? dijo el mas pequeño y peor vestido de los tres: se me ha hablado de escombros y de canteras enteras que se han traido aquí.

—No ois las sierras?

—Una, dos, tres, cuatro.... ¿en qué diablos piensan los empresarios? Por cierto que como es una música tan deliciosa para los oidos del pueblo de París!

Durante esta conversacion los interlocutores se adelantaban, y yo estimulado de una natural curiosidad los seguí paralelamente, adelantándome con precaucion hácia el macizo de granito que sostiene los salientes de la columnata cuadrangular. Reparad, dijo el hombre pequeño, metiéndose hasta las cejas su sombrero de anchas alas al pasar cerca de un pedruzco que se esforzaban los trabajadores por colocar sobre rodillos; estas buenas gentes no saben lo que se hacen: apuesto á que no hay ningun artillero entre ellos. Por vida mia, es preciso que yo les de una leccion. — Podeis haceros daño, le dijo el mas jóven de los que iban con él. — No os de cuidado: todavia me acuerdo de esta clase de operaciones. — No permitiremos que os espongais de ese modo. — Y qué! ¿no es el que se trata de erigir *el templo de la Gloria*? Pues bien, todo el mundo debe contribuir á la obra.

En aquel instante siento que me sacuden en el hombro, me vuelvo y veo el rostro de un hombre grueso y con bigotes, que se me acerca saltándome al pescuezo, y poniéndome al pecho un puñal damasquino, y todo esto sin que aquel desconocido, cuyo acento era extranjero, dejase de vomitar contra mí horribles imprecaciones llamándome entre otras cosas, asesino. —"Ven, sígueme, decia, que cortar tu cabeza si sultan quiere." Diciendo esto me llevaba tras sí, y como estaba armado de pies á cabeza, no pensaba yo en resistirle. —"Malvado, continuaba él, tu matar sultan justo, matar tu amo mio; tu perecer."

Confieso que estaba yo aterrorizado, y creo que lo hubiera estado cualquiera; ¿pero qué habia yo hecho? Nada tenia de que reconvenirme; mas en mi deplorable profesion, no hay espíritu tan fuerte que esté exento de repentinos terrores; ¿era acaso aquella una vision, alguna sombra fúnebre, ó manes irritados? La cercanía de la proximidad del Cementerio de la monarquía que habia acabado me helaba de espanto: habia luz todavia; pero era aquel lance tan imprevisto y tan extraordinaria mi situacion, que me cegaba el entendimiento como por una fatalidad incomprensible; no temia la muerte, ni podia ocurrírseme la idea de una venganza de nadie; pero bajo las garras de aquel demonio que no me soltaba, temblaba de ser llevado á la presencia de Dios sin preparacion, y me sumergia en un oceano de pensamientos espiatorios que se me agolpaban. En medio de aquellas agonias en que perdia el juicio, hubo un movimiento general que me volvió en mí mismo, y los gritos de *viva el emperador* que resonaban por todas partes me lo esplicaron todo. Yo estaba de pie en el suelo sin poder comprender como habia bajado de la plata-forma, y me vi frente á frente del hombre pequeño sin saber como y cuando menos lo pensaba. La sonrisa que noté en él me pareció de buen agüero, y sus ojos chispeaban de alegría.

—"Me aturdís, gritaba á los que le rodeaban: basta, basta repito; os daré cien napoleones y un refresco." Se redoblaron entonces las aclamaciones. Nadie todavia paraba la atencion en mí, sin embargo de ser en aquella sazon un preso de importancia: se habia juzgado que mi presencia en medio de aquellos escombros ocultaba probablemente algun designio, alguna conjuracion criminal, y se me llevó á presencia del emperador. A mi vista se conmovió como un caballo espantadizo, y su frente se obscureció, al paso que yo estaba sereno, y habiendo vuelto á recobrar mi sangre fria, estoy seguro de que en mi semblante se retrataba toda la tranquilidad de mi conciencia. —¿"Quién es ese hombre? dijo mientras yo estaba á bastante distancia de él; sin duda algun chuan, algun seid enviado por la Inglaterra; Rustan, vela sobre tu preso. —"¡Oh! no se me escapará; mueves, yo corto cabeza" y hecha tal notificacion sacó Rustan de debajo de su gran capa un sable de mameluco que blandió con aire de triunfo. Los oficiales que acompañaban al emperador se dieron priesa á registrarme, siendo uno de ellos el príncipe Alejandro Berthier y el gran mariscal de palacio: nada hallaron en mí que pudiese dar la menor sospecha, y registraron, hojearon y revolvieron el tomito de las *Noches romanas*, por si encontraban en él algun papel ó apunte que les sirviese de indicio. Previendo yo que iba á sufrir un interrogatorio en toda regla, habia querido esplicarme repetidas veces; pero no bien desplegaba los labios cuando el mameluco me los cerraba con un *calla, ó mi corto cabeza*.

Me habian casi desnudado, y convencido el emperador de que no era yo temible en semejante estado, se acercó á unos cuatro pasos. Tu nombre, dijo con toda la sangre fria calculada del poderoso. —Sanson. —Frunció las cejas y se levantó de hombros, dando á entender que mi nombre le causaba una estraña impresion. —¿Qué hacias en el momento en que yo he llegado? — Leia.

Su frente se desnubló algun tanto: ¿quién eres? continuó. — Soy el ejecutor de las sentencias criminales. —

A estas palabras que mas bien dejé escapar que pronuncié, el mayor general como penetrado de una repentina repugnancia, tiró el libro de que se habia apoderado, y

el gran mariscal de palacio que estaba á mi lado retrocedió como horrorizado. No se lo que entonces pensaria el mameluco, pero conocí que no le animaban ya ideas hostiles contra mí: le ví sonreirse con benevolencia, y contemplarme con toda la admiracion de un asiático.

S. M. I. esperimentaba una ajitacion convulsiva que en vano se esforzaba en disimular. — "He tocado, decia á media voz, á los apestados de Jaffa!» — Debo decir sin vanidad que en medio de aquella escena tan humillante para mí, no desagradó á S. M. mi presencia — "Este anciano tiene una fisonomia que anuncia un carácter bondadoso. Con todo, Duroc, me parece que te ha dado miedo. Déjale ir en paz, añadió dirijiéndose á mi vijilante custodio. Despues como volviendo en sí mismo. — Oye, Sanson: ¿desde cuando ejerces tus funciones? — Desde el año de 1778. — Con que eres tu el que en el de *mil setecientos noventa y tres*.... No acabó la frase pero me indicó con un movimiento de cabeza el sitio en que estuvo el antiguo cementerio. Yo me cubrí la cara y tomé mi pañuelo para enjugarme las lágrimas. — Ah! eres tu, continuó; y si llegase á haber una nueva convencion! si se atreviesen....! — Señor, respondí, haciendo una profunda reverencia, yo ejecuté á Luis XVI.

Al enderezarme advertí en S. M. síntomas de terror; sus ojos estaban inmóviles, y temblaban sus lábios como los de un paciente en su última hora. El emperador estaba petrificado. — "¡Nos guillotinaria á todos» esclamó el príncipe de Neufchatel. — "Vamos de aquí» dijo Napoleon saliendo de su enagenamiento; y desaparecieron.

ROMANCE

poco conocido

DEL MAESTRO TIRSO DE MOLINA.

A las niñas de Alcorcon
les cantaba Paracuellos,
mientras se juntan al valle,
debajo el olmo estos versos.

Fuérame yo por la puente
que lo es sin encantamento,
en diciembre, de Madrid,
y en agosto, de Rio-seco.
La que haciéndose ojos toda
por ver su amante pigmeo,
se queja de él, porque ingrato,
le da con arena en ellos.
La que la vez que se asoma
á mirar su rostro bello,
es á fuer de dama pobre,
en solo un cuaco de espejo.
La pretina de jubon
que cuando de ojetes lleno,
cualquier picaro no trae mas,
que una cinta en los greguescos.
Por esta puente de anillo
pasé un disanto en efecto,
aunque pudiera á pie enjuto
vadear su mar bermejo.
Reime de ver su rio,
y sobre los antepechos
de su puente titular
no se si la dije aquesto.

«No os corrais el Manzanares,
¿mas como podeis correros,
si llegais tan despeado
y de gota andais enfermo?
Segun arenas criais
y estais ya caduco y viejo,
morireis de mal de orina,
como no os remedie el cielo.
Y en fe de aquesta verdad
azadores veraniegos,
abriendo en vos sepulturas
pronostican vuestro entierro.
Postilando vais vuestra agua,
y por esta causa creo,
que con Jarama intentó
Felipe daros comento.
No lo ejecutó por ser
en daño de tantos pueblos,
mas como os vió tan quebrado
de piedra os puso el braguero.
Titulo de venerable
mereceis aunque pequeño,
pues no es bien viendoos tan calvo
que os perdamos el respeto.
Como Alcalá y Salamanca
teneis y no sois colegio,
vacaciones en verano
y curso solo en invierno.
Mas como estudiante flojo,
por andaros en floreos,
del Sotillo mil corrales
afrentan vuestros cuadernos.
Pero dejando las burlas
hablemos un rato en seso,
sino es ya que os tienen loco
sequedades del cerebro.
¿Como, decid, Manzanares,
tan poco medrado os vemos,
pretendiente en esta corte
y en palacio lisongero?
Un siglo y mas ha que andais
hipocrita y macilento,
saliendo al paso á los Reyes,
que tienen gusto de veros.
Alegar podeis servicios,
diganlo los que habeis hecho
en esa Casa de Campo,
sus laberintos y enredos.
Su Troya burlesca os llama
hombre sutil y de ingenio,
sin que su artifice envidie
los del Tajo y su Juanelo.
En azafates de mayo
presentais á vuestro dueño,
flores pancayas que en frutas
convierte despues el tiempo.
¿Qué es la causa pues, mi rio,
que tantos años sirviendo,
no os den siquiera un estado,
que os pague en agua alimentos?
Felipe os quiso hacer grande
despues de haberos cubierto,
delante de él con la puente,
y él mismo os puso el sombrero.
Pedidle al Quarto mercedes
que otros han servido menos,
y gozan ya mas estados
que cuatro pozos manchegos.
No soy, direis, ambicioso,
mas á fe aunque os lo confieso,
que andais siempre murmurando,
por mas que os llamen risueño.
Animo cobarde rio,
quebrantad vuestro destierro,
y pues rondais á Palacio,
entraos una noche dentro.
Fuentes teneis que imitar
que han ganado con sus cuerpos,
como damas cortesanas
sitios en Madrid sobervios.
Adornadas de oro y piedras
visitan plazas y templos,
y ya son dos escribanas
que aqui hasta el agua anda en pleitos.
No sé yo porque se entonan,
que no ha mucho que se vieron,
por las calles de Madrid,
á la vergüenza en jumentos.»

Mas dijera, á no llegar
con dos cargas de pucheros,
Bertol, y ansi por los propios
dejó cuidados agenos.

MADRID: IMPRENTA DE D. T. JORDAN, EDITOR.